

## ACLARACIONES A LA RESEÑA DEL LIBRO

*Exploraciones arqueológicas en la cuenca media del río Bogotá*, publicada en el volumen XXIX de la Revista Colombiana de Antropología, 1992, pp. 247-250

Recientemente he notado en la sección de reseñas publicadas por importantes revistas, que contienen temas relacionados con la investigación arqueológica colombiana, algunas escritas por un pequeño grupo de colegas con interesantes expectativas teóricas, pero, por lo general, muy distantes de la realidad arqueológica particular de las investigaciones que se proponen evaluar, hecho que en nada contribuye al fortalecimiento y desarrollo de nuestra profesión. En este comentario me referiré a la reseña escrita por Mónica Therrien, y divulgada en el número anterior de esta revista, sobre el libro "Exploraciones Arqueológicas en la Cuenca Media del Río Bogotá", publicado en 1991 por la Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales del Banco de la República, trabajo del cual soy autor.

La reseña en cuestión carece de los elementos de juicio que faciliten al lector, que no tenga acceso al texto, aproximarse a su contenido y al de la problemática arqueológica que trata, ofreciéndole en cambio la posibilidad de conocer la manera como la autora de la reseña hubiera realizado las investigaciones.

Lamentablemente una lectura sesgada y lo que aparenta ser un conocimiento insuficiente de la problemática, conduce a múltiples desaciertos y a la presentación de generalizaciones ligeras.

Si bien es cierto que la cerámica elaborada, tanto por las gentes del período Herrera como por los grupos que posteriormente poblaron las diferentes zonas ha sido uno de los materiales más analizados, como ocurre en muchas regiones del país, su conocimiento es acumulativo y no aislado del contexto regional. Estos análisis constituyen una base sólida, que ha contribuido al desarrollo de diversos objetivos, los cuales desde los primeros trabajos, han trascendido el estudio tipológico y no se han limitado, como lo sugiere la autora de la reseña, a establecer "la historia de la cerámica" de cada una de las zonas investigadas en los últimos 40 años (p.247). Esta perspectiva reduccionista le impide valorar los aportes de los diferentes arqueólogos mencionados, y los de otras importantes investigaciones no mencionadas (Correal y Pinto 1983, Castillo 1984). No es extraño entonces que al referirse a las investigaciones arqueológicas por mí realizadas,

concluya: "la investigación terminó una vez más por contribuir con las tipologías ya conocidas para el altiplano cundiboyacense y sus alrededores, además de una historia de la cerámica de Cachipay y Apulo", y añade que ninguno de los objetivos propuestos fue alcanzado (p. 247).

Al respecto, en primer lugar desde el inicio de la investigación se planteó como principal objetivo la localización de yacimientos del período Herrera de acuerdo con las hipótesis planteadas por Cardale (1976, 1981) y Correal y Pinto (1983), quienes sugirieron la necesidad de iniciar exploraciones sistemáticas en la vertiente suroccidental del altiplano y especialmente el área comprendida por la cuenca del río Bogotá, con el objeto de verificar rutas de poblamiento, y posibles contactos entre los grupos que habitaron el altiplano y el valle del río Magdalena, particularmente en lo relacionado con los primeros grupos agroalfareros (Peña 1991:12,16). En su desarrollo se realizaron dos proyectos de exploración arqueológica, el primero en el municipio de Cachipay (Peña 1988) y el segundo en el municipio de Apulo (Peña 1989), ambos patrocinados por la Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales del Banco de la República, cuyos resultados se integraron en el libro objeto de la reseña. El hallazgo de 23 yacimientos, 15 de los cuales fueron ocupados por grupos del período Herrera, demuestra que el objetivo propuesto se logró.

En segundo lugar, es insostenible afirmar que no se cumplió el objetivo de localizar sitios Herrera en zonas con características geográficas distintas, hecho que es evidente en la publicación, y permite en la actualidad ampliar el área de control de recursos de estos primeros grupos agroalfareros a zonas templadas de vertiente húmeda premontana (mpo. Cachipay) y zonas cálidas de bosque seco tropical próximas al valle del río Magdalena (mpo. Apulo), así como la delimitación de sus yacimientos a zonas específicas de paisajes de montaña y de colina, que facilitará en futuros proyectos la localización de otros sitios. Se cumple a su vez con "el objetivo de lograr una aproximación inicial al conocimiento de las pautas de asentamiento" (Peña 1991:16), en la medida en que la metodología aplicada durante el reconocimiento permitió establecer relaciones entre los diferentes yacimientos y sus correspondientes paisajes fisiográficos.

De igual forma, afirmar que no se estableció un marco de referencia cronológico, es ignorar que se contribuyó a la escasa cronología absoluta de la zona, con cuatro nuevas fechas radio-carbónicas.

Respecto al objetivo de contribuir (no "establecer") al estudio de las relaciones entre el período Herrera y períodos cerámicos posteriores, sin pretender solucionar problemas relacionados con la transición de un período a otro (Peña 1991:16), es incorrecto afirmar que tal objetivo no se alcanzó, ya que se localizaron por



primera vez en la zona, yacimientos estratificados con cerámica de los períodos Herrera y Muisca temprano (mpo. Cachipay) y de los períodos Herrera y Pubenza (mpo. Apulo) logrando un registro de los cambios ocurridos, apartir de los análisis radiocarbónicos y de las secuencias seriadas (Peña 1991: 52, 53, 82, 83, 93, 104-108).

Sin embargo, la autora de esta reseña en una actitud ligera no solo hacia el texto en cuestión, sino hacia los de otras investigaciones realizadas en el altiplano, como la de Neila Castillo (1984), afirma: "las relaciones entre el período Herrera y períodos cerámicos posteriores es un aspecto desconocido para la arqueología del altiplano" (p. 248). Su lectura superficial se refleja en afirmaciones también erróneas tales como que en uno de los sitios explorados se "diferencia una fase temprana y una intermedia" o que como resultado de esta investigación se establecieron, con la técnica de seriación, las fases propuestas (Peña 1991:53). Partiendo de estas premisas falsas consideró que el principal problema es la tipología y especialmente el uso de la pasta como criterio clasificatorio, enfocando su crítica en los términos de una discusión planteada por Boada, Mora y Therrien (1988). Al respecto, no es cierto que el material cerámico se haya analizado con "sólo un criterio clasificatorio: la pasta"; esta afirmación puede desvirtuarse si se lee con cuidado el capítulo correspondiente, en el cual se analizan todos los aspectos formales y

técnicos tradicionales y se profundiza en algunas de las características propias de la pasta, que permitieron proponer el origen posible de los diferentes tipos cerámicos.

Desafortunadamente, cuando no se conocen bien las características y dificultades que presentan los materiales cerámicos de períodos arqueológicos específicos, puede ocurrir que se pretenda prescribir formulas salvadoras como en este caso, en el cual con base en el ensayo de Boada, Mora y Therrien (1988), se afirma que es necesario el uso de "otros criterios más relevantes" como "las formas y los diseños". Para el caso de la cerámica del período Herrera cabría preguntarse si estos criterios son los más relevantes, en la medida en que el conocimiento de dichos aspectos se desprende casi en su totalidad de reconstrucciones aproximadas, ya que en la actualidad no se conocen vasijas completas del medio centenar o más de sitios Herrera reportados y sólo seis piezas sin procedencia exacta (Colección Museo del Oro: 350 - 355).

Personalmente soy consciente de las limitaciones que puede tener esta investigación, sin embargo considero que esta reseña ignoró el aporte de seis años de trabajo, durante los cuales sólo se buscó contribuir al estudio de una problemática regional en una zona considerada en su momento prioritaria. No desconozco que la crítica científica es necesaria, pero pienso que esta debe proporcionar elementos objetivos de análisis que estimulen un verdadero debate científico.

“...lo que me preocupa hijo, es que cada año habrá menos gente abajo en el campo, y más gente arriba en la cabina. Uno puede darse una gran vida en la cabina, pero es un lugar que alimenta gran cantidad de arrogancia. En la cabina, nadie yerra un tanto o -en nuestro tema- nadie equivoca la clasificación de un fragmento cerámico o tuerce el dibujo de algún perfil, promulgan juicios sobre otros, pero nunca se exponen ellos mismos a la crítica. Los individuos de la cabina son muy vistos, y algunos hasta alcanzan el estado de celebridades. Lo que rara vez se señala es que los individuos de la cabina tienen poca o ninguna influencia estratégica y teórica sobre el juego, porque están demasiado lejos del campo de juego”.

Kent V. Flannery (1982)

Germán A. Peña L.

Instituto de Ciencias Naturales  
Universidad Nacional de Colombia

## BIBLIOGRAFIA

- BOADA, A.M, Mora, S. y Therrien, M.  
1988 La arqueología cultivo de fragmentos cerámicos. Debate sobre la clasificación cerámica del altiplano cundiboyacense. *Revista de Antropología*, Vol IV, No.2: 163 - 167. Bogotá.
- CARDALE DE SCHRIMPFF, Marianne  
1976 Investigaciones Arqueológicas en la zona de Pubenza, Tocaima, Cundinamarca. *Revista Colombiana de Antropología*, Vol. XX:339-496. Bogotá.
- 1981 *Las salinas de Zipaquirá. Su explotación indígena*. Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales del Banco de la República.
- CASTILLO, Neila.  
1984 *Arqueología de Tunja, Boyacá*. Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales del Banco de la República. Bogotá.
- CORREAL, Gonzalo y Pinto, María.  
1983 *Investigaciones Arqueológicas en el municipio de Zipacón, Cundinamarca*. Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales del Banco de la República. Bogotá.
- FLANNERY, Kent.  
1982 El Palustre de Oro: Una Parábola para la Arqueología de los Años Ochenta. En *American Anthropologist* Vol.84:265-278 No.2. Traducido Por Luis A. Orquera.
- PEÑA, Germán.  
1988 *Exploración Arqueológica en la Vereda Tocarema, municipio de Cachipay, Cundinamarca*. Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales del Banco de la República. Tesis de grado. s.p. Bogotá.
- 1989 Contribución al Estudio de los Periodos Cerámicos en el Altiplano Cundiboyacense y vertiente Suroccidental”. En *Boletín de Arqueología*, Año 3 No. 3, Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales del Banco de la República.